

LA GUERRA MODERNA Y EL ESTADO

Roger MESEGUÉ Y GIL¹

Resumen

EL presente artículo pretende mostrar la nueva mentalidad militar de la que se dotaron los estados europeos de la edad moderna. Más allá de analizar las innovaciones técnicas y tácticas, se quiere destacar el proyecto que realizaron las monarquías para crear ejércitos propios y permanentes y sobre cómo se involucró a la sociedad —tercer estado y aristocracia— en este nuevo tipo de milicia. Un segundo apartado tomará el pensamiento y la profunda mirada humana, crítica e histórica del florentino Nicolás Maquiavelo —así como sus experiencias personales— y, para obtener demostraciones prácticas de los proyectos, un tercer punto mostrará las maniobras de los Reyes Católicos para desarrollar un ejército propio, los futuros Tercios.

La guerra en el estado moderno, un nuevo concepto

Desde mediados del siglo XV se manifestó una característica de las relaciones internacionales en Europa consistente en adquirir una mayor complejidad con el avance del tiempo, puesto que los conflictos bélicos y diplomáticos enfrentaron a diversos estados en una misma contienda. Los europeos necesitaron dos instrumentos básicos para desarrollar y facilitar sus aspira-

¹ Historiador.

ciones políticas: la introducción de la diplomacia permanente —originada en la paz de Lodi, 1454— y un nuevo tipo de ejército. Así fue Fernando el Católico, en 1495, el primer monarca europeo en servirse de la diplomacia permanente al mantener embajadores en Roma, Venecia, Francia e Inglaterra, y más tarde, ante los resultados obtenidos, le siguieron en su estrategia el duca de Saboya, el de Milán y la república de Venecia. Sobre esta diplomacia cabe destacar que se convirtió en un arte y oficio que hacía a los individuos verdaderos expertos en simulación, disimulo, espionaje y adulación, las más de las veces enmascarados bajo una apariencia de gentilhomme cortesano². Si bien Maquiavelo escribió cómo gobernar un estado —o cómo se es gobernado—, el cardenal Mazzarino dejó constancia en su *Breviario de los políticos* de las claves para sobrevivir en el mundo de la corte: «... *simula, disimula, no te fíes de nadie, habla bien de todos, pero piensa mal y prevé antes de actuar y hablar...*».

La guerra formaba parte de la vida cotidiana por su persistencia y continuidad; esto no significa que no se usara la guerra como instrumento propagandístico —pues arte, literatura y tratados sobre el tema proliferaron en gran e interesada manera—, sino que la violencia era parte intrínseca del fenómeno de expansión territorial que los monarcas perseguían. Entre los siglos VIII y XVIII las crónicas testimoniaron un periodo de gran ebullición bélica, concretamente cinco años de guerra por cada uno de paz; de ahí las palabras de Jeremy Black: «...*La violencia era endémica en la Europa moderna (...), reflejaba los valores de una sociedad que estaba más preparada para aceptarla que la sociedad europea del siglo XX...*». Ahondando en estadísticas, destaca la edad moderna como una época esencialmente guerrera; según Geoffrey Parker: «...*entre 1500 y 1700 fueron los años más belicosos en lo relativo a la proporción de años de guerra (noventa y cinco por cada cien), frecuencia de las guerras (casi una cada tres años) y promedio anual de duración, extensión e intensidad...*»³. Por otra parte, dicho fervor bélico auspició que las monarquías europeas proyectaran un nuevo estado estableciendo previamente una perspectiva distinta ante la violencia ya que, ante un cambio en las relaciones políticas, la mentalidad medieval no era suficiente para avalar empresas militares; así pues, este hecho significó en el fondo, según J. F. C. Fuller, que «...*la guerra, al convertirse en un*

² Casanova y Quevedo actuaron a las órdenes de sus *estados* más que como embajadores, como espías propiamente dichos, y es que en la nueva política, la diferencia entre lo *moralmente* correcto y lo incorrecto era demasiado delgada y tentadora de traspasar.

³ Estadísticamente cabe destacar que la monarquía hispánica estuvo involucrada en conflictos bélicos tres de cada cuatro años.

instrumento político, dejó de ser una prueba moral...». Siguiendo esta directriz, los monarcas se convencieron de su razón propia como único factor válido para lanzarse a una guerra; rápidamente se ocuparon de que juristas a su servicio desarrollaran argumentos jurídico-religiosos para servir a sus fines políticos y permanecer amparados por cierta legitimidad. De ahí que se retomara el concepto de la «guerra justa» agustiniana por juristas hispanos —el padre Vitoria y Francisco Suárez, entre otros—. Sin embargo surgió un problema, pues se concebía la guerra justa como guerra defensiva, legitimando únicamente la fuerza por parte de un estado ante la amenaza o evidencia de una invasión o conquista; esta guerra agustiniana nacía de la falta de concordia, de la ausencia de acuerdo, y era justa en el sentido de proporcionar la reparación de un acto ilegítimo para restablecer así la justicia. Así pues no quedaba resquicio alguno por el que legitimar una guerra ofensiva ni tampoco las guerras expansionistas o ávidas de influencia política que se empezaban a dibujar por el mapa europeo; de esta forma no tardó en ocurrir que todos los estados se procuraran argumentos suficientes para justificar su guerra como justa. De nuevo se encontró una rápida solución ante el problema legal y moral de la guerra: procurarse el ejército más poderoso en Europa pues, si se derrotaba al enemigo mediante las armas, la dialéctica era algo que no valía el esfuerzo de ser considerada. En definitiva, estas argumentaciones jurídico-religiosas no fueron más que el envoltorio intelectual del estado para enmascarar unas guerras que perseguían el control de Europa y todo el globo terrestre por parte de una única potencia hegemónica. Debe resaltarse que los intelectuales que elaboraron escritos sobre la guerra y sus fines estatales no lo hicieron por propia voluntad, sino obedeciendo a unas pautas dictadas desde la monarquía, es decir, que todas estas ideas formaban parte de las voluntades del poder. Antonio Campillo opina que era imprescindible «...procurar que la guerra sea Justa, o al menos lo parezca...»; sin embargo también apunta que «...su éxito no dependerá ya de la santidad de los fines, sino de la operatividad de los medios; no dependerá ya de la bendición de los sacerdotes, sino de la ciencia de los ingenieros y generales...».

Toda esta vorágine bélica se enmascaraba, a su vez, bajo la «buena paz», una vuelta de tuerca más a las justificaciones jurídico-teológicas que trataba de evitar la «mala paz», una paz forzada que traía como consecuencia una nueva guerra para solventar cuestiones pendientes entre estados. Con toda esta filosofía y teología mezcladas para legitimar la guerra, los juristas llegaron a la conclusión de que la guerra era positiva para los intereses del estado y que sólo hacían falta unas circunstancias propicias para desencadenarla, cosa que era igual que decir que cualquier excusa sería

tomada como prueba definitiva y válida para atacar al enemigo, contando, además, con la razón de la ley y el auspicio divino. Unos ejemplos de esta ideología sobre las excelencias de la acción militar se pueden encontrar en los escritos de pensadores y políticos relevantes: Jean Bodin opinó que lo ideal en estas circunstancias era tener una guerra en el exterior para lograr la cohesión interna y, de paso, reclutar a los indeseables, expulsando así «...*los malos humores de la República...*»; Monchrétien veía en la guerra el medio ideal según el cual los monarcas podían obtener la gloria y nuevos territorios mediante la expansión; y el cardenal Richelieu dictaminó —no muy en consonancia con su condición de clérigo— que la guerra constituía «...*una necesidad histórica, un mal inevitable que podía ser provechoso...*». Claramente se fue abandonando a San Agustín y a sus principios para dar paso al propio pensamiento de los intelectuales al servicio del poder. Antonio de Guevara añadió —más allá de San Agustín— nuevos matices al tema de la guerra justa al legitimar la violencia cuando permitía la restitución del orden tras una ruptura del lazo de obediencia del vasallo al señor y también para cumplir con el derecho de sucesión y cesión de señoría; eso sí, Guevara no dejó ahí sus palabras pues se atrevió a mencionar —entre líneas, obviamente— la ausencia de justicia en las guerras y cómo se transgredía el orden social por al caos y la anarquía que los propios monarcas dejaban tras de sí tras las batallas y que, de paso, usaban para acrecentar su poder. Puede observarse cómo las opiniones de los intelectuales de la época fueron pasando de buscar la paz y evitar la violencia a ensalzar la guerra como un medio para acceder a la mayor gloria del estado. Fue, por lo tanto, necesario buscar referencias para tal cometido y las vistas se fijaron en el mundo clásico —Roma y Grecia— para extraer de ahí modelos de culto a la guerra, maneras sobre cómo involucrar en ella a la sociedad y qué papeles otorgar a cada miembro del estado según su condición social, que Campillo define como «...*la corrupción de los siglos medievales, debe ser superada mediante un retorno al mundo grecorromano...*». A estas reflexiones deben añadirse aquéllas relativas al propio funcionamiento, logística y táctica del ejército fundamentadas en el ejército de Roma durante todas sus épocas, algo que Maquiavelo dejó escrito en *El arte de la guerra*, junto a las opiniones anteriores. Alonso de Palencia, en consonancia con esta preocupación y la búsqueda de soluciones en los «antiguos», emprendió la tarea de buscar la fórmula de «...*cómo los Antiguos mantenían el arte de la guerra...*» analizando a César, Mario y Augusto, y extrayendo de ellos lecciones prácticas, sobretudo la disciplina. Por su parte, Pedro Mártir de Anglería advirtió de «...*la conveniencia del que se consagra a la milicia de estar bien instruido en los ejemplos de los Antiguos cuando parte para la gue-*

rra...», mientras que Bernardo Accolti plantea en su *Dialogus de praestantia virorum sui aevi* la confrontación entre antiguos y modernos en temas militares exponiendo, ante todo, «...más que la apreciación de la bravura personal, los medios técnicos que aquéllos emplearon...». Se observa así que una preocupación era que crear un ejército permanente que abarcara a todos los estamentos de la sociedad de un estado se consideraba tanto útil como peligroso; de ahí la insistencia en controlar al sostén principal de los ejércitos, el «tercer estado». Los tratadistas querían que los soldados del Renacimiento fueran herederos de Roma, conscientes de su integración social, estatal y de su servicio, en un símil al legionario romano y el S.P.Q.R.; de ahí que se les intelectualizara y se les considerase hombres de estado, los «viri ilustres». Frédédique Verrier considera que este «humanismo militar» se encargó —durante el siglo XVI— de crear unos valores militares alternativos a los valores caballerescos, que se impusieron finalmente en el siglo XVII; a su vez, dicho humanismo militar aplicó los nuevos valores en el estado y su sociedad en «...un proceso de mutua culturización de la res militaris y la forma mentis...».

Sin embargo hubo ciertos pensadores que, contrariamente a las directrices del poder, atacaron esta escalada bélica y cuestionaron a las monarquías por su discutible moralidad, siendo así arrinconados o bien invitados a abandonar sus perspectivas; así hubo humanistas que encontraron una importante fisura en las justificaciones de las guerras pues, cuando los poderes fracasaban en sus negociaciones, la solución venía dada por la sangre que los súbditos derramaban. Luego, si el pleito discurría entre monarcas y por sus respectivos intereses, deberían ser ellos quienes combatieran en un duelo singular. Este duelo fue muy valorado como alternativa a la guerra pues, al fin y al cabo, los motivos de las guerras eran motivos casi exclusivamente personales. Autores como Alfonso de Valdés en su *Diálogo entre Mercurio y Carón*, Erasmo en su *Dulce Bellum Inexpertis* o Tomás Moro en *Utopía* reflejaron este duelo como alternativa a la guerra, en palabras de Valdés, «...porque de sus diferencias ninguna culpa tienen los súbditos...»⁴. A pesar del esfuerzo dialéctico, nada cegó a monarcas, ministros y consejeros de los estados modernos de la obvia realidad: que las guerras no las ganaban quienes tenían la ley o Dios de su parte, sino quienes tenían mayores recursos económicos para destinar a la guerra; ideas tanto o más sabias como las anteriores —y mucho más realistas— que de la época sentenciaban: «...el dine-

⁴ El único duelo que se propuso, entre Carlos I y Francisco I, quedó en un simple duelo dialéctico entre juristas hispanos y franceses; los monarcas ni tan siquiera tomaron las armas y a poco estuvieron de hacerlo los intelectuales a su servicio para solventar así sus diferencias argumentativas.

ro es el nervio de la guerra...», y también: «...en las guerras no vence quien tiene la razón, sino quien tiene el último escudo...»; Gian Giacomo Trivulzio declaró al rey de Francia que *«...para la guerra son necesarias tres cosas: plata, plata y plata...»*, mientras que Maquiavelo opinaba que *«...la plata no es el nervio de la guerra, contrariamente a la opinión común...»*, pues creía que el motor de la guerra era la codicia humana, de los príncipes en este caso. Así pues, poder ostentar el título de potencia hegemónica pasaba, además de por poseer el mayor y mejor ejército, por una reforma fiscal y una burocracia estatal que permitieran la puesta en práctica de toda la teórica; de esta manera se producía un curioso círculo de causas y consecuencias —hoy en día parte del debate sobre la revolución militar— ya que para poder tener un mejor ejército hacía falta una renovada hacienda real y, para lograr esto, una nueva burocracia al servicio exclusivo de los monarcas, que debían apartar a la nobleza de los monopolios de los puestos de control para poder realizar las reformas y, para controlar a esta nobleza que ve perder su poder, se precisa un ejército estatal cuya titularidad recaiga en el monarca para hacer entrar en razón a quienes se opongan a ello y asegurar así las reformas. Si bien no se conoce de manera concreta la primera causa que desencadenó todo el proceso enunciado, ante los monarcas apareció el medio perfecto para poner en funcionamiento todas las reformas, siendo este medio involucrar a sus respectivos estados en una guerra.

La guerra y su contexto: el paso del Medioevo al Renacimiento

A lo largo de la Edad Media, el propósito final de la actividad bélica fue pasando de las batallas campales a la toma de plazas fuertes, estrategia que fue extendiéndose rápidamente por Europa al percibir los peligros de arriesgarse a una batalla abierta y las ventajas tácticas de tomar unos puntos clave de control para asegurar los territorios conquistados o propios. La decaída de las batallas campales se debía al temor a éstas que se manifestó en la guerra de los Cien Años, cuando los ejércitos franceses perdieron en dos batallas —Crécy (1346) y Agincourt (1415)— a casi la totalidad de su caballería, lo que en el fondo representaba una importante parte de la nobleza de Francia⁵. El problema de los ejércitos medievales ante la guerra de sitio

⁵ Cabe resaltar que este último hecho responde a una clara voluntad propagandista de la historiografía anglo-sajona derivada sobre sus casi ya legendarios méritos *«...de matar al noble con los arcos plebeyos...»* y que, desde otras perspectivas, se tienen dudas al respecto de la caída de la caballería de su posición hegemónica por el contexto de las dos batallas mencionadas como única causa, y es que debe recordarse que fue Francia la vencedora del conflicto.

radicó en el estancamiento al que se llegó, pues esta nueva manera de guerrear requería ejércitos más numerosos y, al incrementarse en toda Europa el volumen de éstos, se alcanzó un nuevo punto muerto, un círculo vicioso: la carrera armamentística conllevaba únicamente un incremento cuantitativo de los ejércitos y de ahí unas nuevas tablas en política. La ruptura de esta coyuntura se dio por mano de los Reyes Católicos durante la guerra de Granada, entre 1482 y 1492, al introducir la artillería de campaña —o de sitio— en los ejércitos, que destruyó fácilmente las murallas de tipo medieval, altas y poco anchas, ideales contra la guerra medieval pero inefectivas contra el cañoneo continuo, contra el que no estaban preparadas, y que se reveló como arma muy efectiva al contribuir a terminar en diez años un conflicto de siglos de duración. El ejemplo se extendió por Europa; rápidamente Francia copió el sistema y Carlos VIII, entre 1494 y 1495, durante la invasión de Italia, demostró la efectividad del cañón. Sin embargo, de la misma Italia surgió un nuevo tipo de muralla, conocido como la «*trace italienne*» —una muralla baja, muy ancha, llena de arena en su interior, que amortiguaba los impactos de la incipiente artillería y con bastiones artillados sustituyendo las torres— que resultó ser muy efectiva contra la artillería. La *trace italienne* se expandió por Europa en su aplicación y, con este sistema defensivo hijo de un nuevo sistema ofensivo, las acciones bélicas volvieron a entrar en un círculo vicioso: las guerras de sitio volvieron a implicar la disponibilidad de unos mayores efectivos militares, puesto que ahora, de nuevo, las ciudades sólo podían ser rendidas con el arma del hambre. Esta regresión implicó también la necesidad de más recursos financieros, pues los monarcas necesitaban dos tipos distintos de ejércitos: uno de campaña y sitio —ofensivo— y otro de campaña además de una serie de guarniciones en puntos estratégicos —defensivo—⁶. Por otra parte, la reina de la guerra del Medioevo, que era la caballería y su sistema de combate —grandes cargas masivas de caballería y el posterior avance de la infantería—, entró en crisis dadas las innovaciones de los ingleses con el uso del arco largo —mediados del siglo XIV—, los suizos con las picas —siglo XV—, y los Tercios hispánicos con la introducción de la artillería manual —principios del siglo XVI—; además se marcaron las pautas para el regreso de la hegemonía de la infantería en las batallas, fórmula definitiva que se conformó y asentó en Europa hasta fines del siglo XVII y que otorgó una preponderancia de los cuadros de infantería armados con arcabuces y mosquetes y pro-

⁶ De ahí vuelve a desprenderse la idea de que para lograr la hegemonía es necesaria una burocracia que asegure los gastos de la guerra, revelándose que tanto o más importante es tener una buena logística administrativa en la Hacienda Real que buenos generales, soldados y armamento.

tegidos por cuadros exteriores de piqueros que frenaban a la caballería; a su vez esta infantería era protegida por una caballería ligera y una artillería de campaña.

Estas innovaciones fueron fruto de la búsqueda de modelos en los antiguos que los militares llevaron a la práctica: el Gran Capitán, el duque de Alba o Guillermo Luis de Nassau, de entre otros, fueron quienes dieron forma a la guerra y ejército modernos; se generó así una amplia literatura por parte de militares convertidos en tratadistas —los literatos del acero— que sustituyeron a literatos teóricos de la pluma de inicios del Renacimiento y que se centraron en la búsqueda de un sistema de combate más efectivo y decisivo. No es pues extraño que Granvela afirmara que «... *el arte de la guerra hoy en día es tal que cada par de años es menester aprenderlo de nuevo...*», pues se podía comparar al ejército con el mundo académico, tal y como Campillo especifica: «... *la jerarquía en el mando es una jerarquía en el conocimiento, el ascenso en el poder ha de ser, a la vez, un ascenso en el saber. No se habla aquí de valor ni honor, ni de nobleza, sino de experiencia, prudencia y saber...*».

El debate en torno a la revolución militar ha ido trascendiendo más allá de las innovaciones tácticas y armamentísticas hasta dirigir las miras hacia aspectos derivados de la guerra moderna. Un campo de investigación ha sido el impacto que las nuevas armas de fuego causaron en la nobleza, tradicional brazo armado de las monarquías, que perdió gran protagonismo en la batalla a la vez que vio trastocados sus valores. Las armas de fuego democratizaron la muerte, haciendo posible que el plebeyo matara al noble, acabando con los valores caballerescos medievales: el duelo, el combate a la galana y el honor de las armas de filo. Pero, lo que es más, el conjunto de innovaciones supuso para la nobleza que quienes realizaban las hazañas bélicas eran los integrantes de un pueblo anónimo —el tercer estado— y que en éstos recaía la grandeza del estado y su monarca. Una manifestación de esta realidad —alternativa a la de los propios nobles, y también un tanto cínica— se encuentra en unas palabras que Cervantes puso en boca de Don Quijote: «... *Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor, tengo para mí, en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que, sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una demandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos...*».

La guerra moderna como elemento transformador del estado y la sociedad

El debate de la revolución militar aporta una nueva visión sobre las relaciones entre ejército, sociedad y estado, pues según los especialistas en temas militares —Black y Parker entre otros—, el cambio de mentalidad sobre la guerra debe ser considerado como pieza clave en la consolidación del estado moderno en su sentido de «absoluto»⁷. El mencionado debate busca —entre otras— la primera causa que desencadenó el proceso; parte de la historiografía ha considerado que la titularidad estatal de un ejército conllevaba la adopción de un poder absolutista, en el que el gobernante tendría la opción de utilizar la violencia como fuerza coercitiva para el propio estado. Remarcable es que no se conozca de manera exacta el mecanismo y que, de hecho, pueda ser enfocado desde una perspectiva contraria: ¿se adopta el absolutismo por tener un poder total sobre el ejército, o más bien se requiere primeramente de un ejército propio para ejercer de manera absolutista? Los ejemplos han hecho que el debate prosiguiera ya que, por citar tres ejemplos, Gran Bretaña y la república de Holanda en el siglo XVIII lograron grandes ejércitos bajo titularidad y mando estatal y no adoptaron el absolutismo; de hecho, el único estado que cumplió esta supuesta ley fue la Prusia de la misma época. Así pues, debe considerarse la afirmación de I. A. A. Thompson: «...*La guerra era con mucho la más severa de las pruebas con que se enfrentaba el estado en el siglo XVI (...). El aparato administrativo y financiero de la nueva monarquía hizo posible la nueva forma de guerrear, y ésta a su vez hizo posible el nuevo estado...*».

Por encima de todo debe considerarse un enunciado de Maquiavelo a lo largo de sus escritos: «...*que la fuerza es la base del estado y, si una civilización, estado o sociedad se fundamentan en la guerra restarán dedicadas a ella para su propia supervivencia, pues en la violencia se basa su existencia, mantenimiento y futuro, eso es destruir para no ser destruido...*». El florentino sabía que sin ejército no hay estado que se pueda llevar a la práctica y, así, afirmó que «...*sin tener ejércitos propios ningún principado está seguro...*».

La idea de Maquiavelo sobre la necesidad del ejército para articular el estado implicaba un hecho que ningún monarca podía obviar: ningún pro-

⁷ Debe entenderse *Absoluto*, no como un estado regido exclusivamente por un monarca, sino un estado de nuevo orden en el que el poder se ha concentrado en determinadas manos —las de un rey o las de una élite— que fueron marginando a la nobleza de su monopolio de poder para dotar a este nuevo orden de un funcionamiento autárquico a los niveles administrativos, económicos y militares.

yecto saldría adelante sin contar con una sociedad dispuesta a formar parte del ejército. Así pues, el estado debía saber inmiscuir a la sociedad en su propio fervor bélico, siendo los intelectuales a su servicio los encargados de crear toda una cultura de la guerra —presente en el pensamiento, artes y ciencia— para alcanzar a todos los estratos sociales con su mensaje y llegar a instituciones como la Iglesia, que declaró, no de manera gratuita, a Santa Bárbara patrona de los armeros.

Las maniobras propagandísticas fueron tan efectivas que apenas hubo quienes hallaran el contexto bélico inmoral, escandaloso o inhumano; y los que así opinaron, no tardaron en ser invitados por el estado a revisar sus ideas. Los pensamientos político y jurídico fueron transmisores que vendieron a la opinión pública demostraciones de los éxitos militares, buscando no sólo una imagen favorable, sino también la conciencia en los integrantes del estado de verse pertenecientes a esta empresa. En el fondo, el poder pretendía que sus súbditos fueran más allá de sus estamentos y participaran en el proyecto común que era el bien del estado mediante la pertenencia al ejército; lo especialmente importante era que los militares se sintieran constructores de este fin, desde nobles a plebeyos. De nuevo se recurrió a los antiguos, y de ellos se adoptó un esquema de relaciones entre guerra y sociedad fundamentado en tres puntos: la sociedad como inspiradora de formas de guerra, la guerra como medio de transformación social y la guerra como base de organización social. En estos puntos se enmascaraba la voluntad de encasillar a nobleza y tercer estado en unas condiciones favorables para la construcción de un nuevo orden; de esta forma, nobleza y tercer estado debieron adaptarse a un ejército —teóricamente— más basado en la meritocracia que no en la sangre, fruto de la innovación armamentística y del proceso de identidad.

La nobleza reaccionó tomando dos opciones; parte de la aristocracia abandonó la carrera militar para colocarse en la carrera burocrático-cortesana, y los que siguieron con la profesión de las armas tendieron a diferenciarse en dos grupos: los que estudiaron el modelo de la guerra moderna para contribuir con sus ideales caballerescos al bien del estado, y los que creyeron que su propia condición era argumento suficiente para integrarse en la nueva guerra. Así, mientras unos nobles se profesionalizaron y sintonizaron con la meritocracia y los avances, otros pensaron que su sangre azul era capaz de dirigir los ejércitos sin conocer sus logísticas. Obviamente al estado le interesaban más los nobles del primer grupo, pues el segundo podía llevar el desastre a los campos de batalla y, ahí, los que perecían por las incompetencias de nobles ciegos a la realidad eran soldados; no gratuitamente Francisco de Valdés opinó que «...*tampoco sería bien que mande y*

gobierne el que no fuere docto en la disciplina militar...». El estado se sirvió de esta nobleza militar profesional como instrumento para afianzar su poder sobre el ejército, dando precisas instrucciones para corregir abusos, organizar mejor las fuerzas, aprovechar recursos destinados a ellas y eliminar la corrupción e ineficacia de oficiales de sangre azul pero nulas aptitudes militares; se desarrolló así un medio de control sobre la nobleza al ligarla al proceso de identificación con el estado dada su nueva función en el ejército. Con esto, el estado logró que la aristocracia militar se planteara sus funciones militares no como medio de obtener beneficios económicos y sociales, sino como una tarea plegada a los intereses del estado al que servía; esta conciencia de oficio quedó reflejada en una carta del Adelantado de Castilla dirigida a su hijo en la que recomienda que «...cuando fueres subiendo en los oficios de la guerra, no pases por ellos como de corrida, sino préciate de hacerlo bien y ser curioso y puntual en lo más menudo, y procura entender el oficio...».

El estado procuró solventar un problema del nuevo ejército: controlar una gran masa de súbditos —miembros del tercer estado—, armados en su vida cotidiana y diestros en el uso de las armas, que podía crear problemas de desorden civil.

Tratadistas y militares recurrieron a Roma, en busca de consejos de emperadores, autores como Catón, Frontino, Vegetio, Eliano y generales como César y Mario aplicando sus teorías acerca de los soldados: el soldado debía ser el perro de caza del que Platón y Plutarco habían hablado y no el lobo de Tácito; la solución radicaba en lograr la identificación de estos soldados con el estado. Más tarde ya no hizo falta emular a los antiguos puesto que surgió una gran variedad de autores que proponían un nuevo enfoque más en consonancia con la época, sugiriendo nuevas pautas de comportamiento respecto al ejército e integrantes; así, Marcos de Isaba decía que «...los primeros cinco años aprenda a tratar sus armas, hacer sus guardas, respetar sus oficiales, obedecer las órdenes, conservar sus bandos; de veinte años de edad hasta veinte y cinco, ya lo hemos hecho soldado...».

La figura del soldado cobró renovada importancia dentro de la sociedad, pues su número aumentó y el choque con los civiles fue inevitable; por muy acostumbrada que una sociedad estuviera a la guerra, se pasó de ver soldados de manera ocasional a verlos de manera continuada aún en tiempos de paz. La estatalización de la guerra y la profesionalización de la milicia acarrearón consigo una división ideológica, cultural, y física entre la sociedad —tanto civil como noble— y los soldados.

La nobleza resultó afectada por la figura del soldado, pero no por los mismos motivos; los soldados, lejos de perseguir valores caballerescos, bus-

caban una oportunidad de hacer dinero —mediante pagas o saqueos—, hecho que hizo que la aristocracia viera cómo las virtudes caballerescas de la guerra se cambiaban por «...ira, furor, ferocidad y salvajismo...», como Tácito contempló en su tiempo.

Fue por esto que el estado se encargara de otorgar otros beneficios a los soldados que fueran más allá del oro, concediéndoles ciertos favores sociales: además de ascensos, se adquirían títulos como la limpieza de sangre y —gran tanto del estado— sentirse parte de una potencia hegemónica en Europa.

El prestigio social tuvo relevancia en los ejércitos hispánicos, de ahí que en sus filas se hallaran integrantes de todos los reinos que formaban la monarquía hispánica —extranjeros incluso— que luchaban bajo las banderas del Rey Católico en defensa de la verdadera religión; en sentido práctico, el ejército encaminaba a ciertos individuos problemáticos hacia el bien de todos. El verse parte de un proyecto hizo que los soldados consideraran al estado como su salvador, un peculiar sacerdote que les aliviaba sus malestares, les apoyaba en momentos difíciles y de ahí su lealtad al monarca⁸.

Del mismo modo que la aristocracia tuvo sus reparos ante esta soldadesca, también ésta contempló a la nobleza desde distintas perspectivas. Los soldados —a fin de cuentas eran quienes combatían— eran muy conscientes de quiénes eran nobles profesionales de la guerra y quiénes nobles creídos de serlo; junto a su bravuconería y modo de vida, un mando inepto podía tener problemas de disciplina entre sus tropas. Se desarrolló pues una lealtad hacia la figura del rey, y en la batalla hacia aquel oficial que hubiera demostrado su valía y respeto por los soldados⁹. El éxito del estado radicó en asegurarse que cada estrato social se identificara en determinado rol; algo insólito en los ejércitos hispánicos y que no se dio en Europa fue ver en los cuadros de infantería a nobles que luchaban junto a plebeyos, hecho que demuestra el punto que alcanzó en este ejército la identificación con los fines de la corona. Por su parte, el tercer estado cobró relevancia, pues no sólo era el fundamento del trabajo, sino que su condición de cuna de los soldados se convirtió en base de la proyección

⁸ Esto tuvo su importancia en los motines: los soldados se rebelaban contra sus oficiales, jamás lo hicieron contra su monarca.

⁹ Como el motín de Cambray, cuando el conde de Fuentes tomó la bandera y se encaminó él solo a la toma de la ciudad pidiendo «...a las señoras tropas amotinadas en Tierlemont, que me hagan el obsequio de ayudarme a tomar la ciudadela...»; tras esta muestra de respeto a los soldados y voluntad de servir al rey por parte del conde, las huestes amotinadas que se negaban a luchar atacaron y ganaron esa plaza.

internacional del estado. Siglos más tarde, Napoleón Bonaparte dijo refiriéndose a los soldados que «...ellos son quienes forjan la percha en donde yo cuelgo a la gloria...»¹⁰.

Un nuevo ejército y su teórica: Maquiavelo

Con estas teorías, el estado recompuso todo lo necesario para alcanzar la modernidad; en el tema militar se debían conseguir claves para obtener un ejército propio a su servicio, desarticulando así el poder militar de la nobleza. Quien sintetizó el ejército moderno fue, entre otros, Nicolás Maquiavelo gracias a su cargo en la «signoría» de Florencia, viajes, experiencias políticas y vocación de historiador. La Italia de su época fue el teatro en que se testó coyunturalmente el calibre bélico de dos potencias que se disputarían Europa: Francia y la monarquía hispánica. A pesar de ser cuna del Renacimiento y de astuta actividad política¹¹, Italia era militarmente nula, pues la defensa de los estados italianos quedaba en manos de los «condottieri», capitanes mercenarios que actuaban a favor del mejor postor. Maquiavelo se lamentó del hecho, pues así Italia era vista como una presa fácil por soberanos europeos. De ahí que pidiera a Lorenzo el Magnífico que expulsase «...a los bárbaros de Italia...» y que, en *El Arte de la Guerra*, apostara por la creación de un ejército, relegando a mercenarios y condottieri. La paz de Lodi creó un status quo que a fines del siglo XV se quebró —concretamente en 1494— al desarrollarse en Italia el primer conflicto moderno: el enfrentamiento franco-hispánico. Para mayor desespero de los italianos, y en especial de Maquiavelo, otras potencias amenazaban Italia o alguno de sus estados: los cantones Suizos, Saboya y el imperio, sin olvidar la sombra del imperio otomano y sus satélites norteafricanos.

Así, Maquiavelo recorrió Italia como embajador para evitar las amenazas que se cernían sobre Florencia. El joven jefe de la segunda cancillería y secretario de los «Diez de Libertad y de Paz» se bautizó en su cargo midiéndose con Caterina Sforza —apodada la Loba— y César Borgia —el duque Valentino—. De sus primeros encargos, además de lecciones políticas extrajo la idea de que Florencia tendría su espada de Damocles hasta que no se

¹⁰ Sentencia que en el fondo reconocía que sin ellos no había proyecto estatal que pudiera llevarse a la práctica y, también, que el emperador era consciente de la gran respuesta del *Tercer estado* en su fervor bélico por defender a la *patria*.

¹¹ Una anécdota de Maquiavelo ante el cardenal de Ruán cuenta cómo éste último acusó a los italianos de no entender de guerra: «*Puede ser* —respondió Maquiavelo—, *pero vosotros, los franceses, no entendéis de estado...*».

procurase un ejército; las alianzas de Florencia con otros estados italianos y extranjeros hacían pender de un hilo la seguridad de la república, y no por falta de acierto político —a pesar de que Maquiavelo se desesperaba con la lentitud en las decisiones— sino por falta de armas. Tal actitud le parecía a Maquiavelo arriesgada «...*porque cada ciudad, cada estado, ha de considerar enemigos a todos aquellos que pueden confiar en ocuparle lo suyo y de quienes ella no se puede defender...*».

Sus insistencias a la signoría fueron pasadas por alto a pesar del fracaso de la conquista de Pisa, en 1499, cuya culpabilidad recayó en Paolo Vitelli, condottiero acusado y condenado bajo sospecha de aceptar sobornos del duque de Milán. Sin embargo, en diciembre de 1502 fue elegido para el cargo de «gonfaloniere» —supremo magistrado— Pier Soderini, personaje de gran sabiduría política y sensible a la falta de una fuerza militar florentina. Maquiavelo, como maestro en retórica y entendido en historia que era, elaboró escritos en los que mostraba la conveniencia de un ejército propio; para ello rememoró cierto episodio de la caída de Constantinopla: cuando el Emperador pidió dinero a sus ciudadanos para hacer frente a los turcos, «...ellos se mofaron del asunto...»; al ver a las tropas otomanas y oír el cañoneo, los mismos ciudadanos acudieron llorando al Emperador con su dinero, a lo que éste contestó «...*Id a morir con ese dinero, dado que no habéis querido vivir sin él...*».

Finalmente, la república de Florencia tuvo planes definidos para crear una milicia, y quién mejor que Maquiavelo para hacerlo posible. Una vez salvadas resistencias de aristocracia, burguesía y pueblo, se puso manos a la obra y dejó claro su objetivo: instituir una fuerza militar para el bien público y nunca para el privado, alejando el temor de que los florentinos vieran cómo el poder usaba la milicia para volver a una tiranía. Maquiavelo concibió una milicia funcional, fuerte y leal a Florencia y sus leyes, enunciando sus intenciones: «...*hay que ordenarse en las armas, por deliberación pública, y con buen orden, y mantenerlo...*». Y lo que es más, Maquiavelo enunció una de las claves del estado moderno al considerar que la introducción de una milicia permanente era «...*reformar un estado...*» y no introducir un simple cambio¹². El sueño de «Il Machia» —así apodado por sus amigos— se iba cumpliendo hasta el punto de que el florentino vio a la milicia ciudadana como el renacimiento militar de Italia.

¹² De esto se percató al ver el emblema que los venecianos pintaban en los territorios conquistados: un San Marcos que, en lugar del tradicional libro, sostenía una espada; es más, el libro eran *Los Evangelios* y en su cambio por la espada Maquiavelo vio una prueba más de que la política y la guerra de esta época se apartaban de las directrices morales cristianas.

A lo largo de un informe titulado *Cuál es el motivo de las Ordenanzas, dónde se encuentran y qué es lo que se debe hacer*, Maquiavelo marcó directrices que, lejos de hablar estrictamente del tema militar, buscaban revivir la antigua milicia ciudadana florentina, emulando a Roma. Más que hablar de armamento, técnicas de combate y estrategias, el autor pretendía levantar un ejército leal y fiel a Florencia, creando soldados conscientes de su patria y honor hacia ella. De entre estas disposiciones, destacó la importancia de evitar futuros males, cuidó ser cauto en las reclutas, pues no quería enrolar a hombres provenientes de distritos subyugados a Florencia al considerarlo peligroso, pues tenía en cuenta que los señores florentinos no eran especialmente pródigos en gracias hacia los súbditos de los territorios periféricos que dominaban; evitó que los soldados crearan vínculos de lealtad con sus oficiales más allá que su lealtad hacia Florencia; evitó que señores poderosos pudieran servirse de soldados y los hizo depender de tres distintos nuevos cargos públicos —quién ordenaba y adiestraba, quién encabezaba y mandaba en batalla y quién aplicaba la justicia—; y, por último, hizo que todas las compañías o banderas portaran la misma insignia, «el Marzocco», con el fin de que se identificaran con él y lo que representaba, pues según su opinión «... Florencia no quiere forzar a nadie a ponerse bajo sus banderas, y la bandera ha de ser toda de un color...». Sin embargo, su gran proyecto requería un tiempo en el que poder crear ciudadanos que fueran soldados voluntarios y no asalariados de malas costumbres. Maquiavelo pretendía que jóvenes florentinos apreciaran su faceta de soldados y que supieran ganar en la batalla honor para sí y su patria. El proyecto pasó a la realidad y finalmente la «Ordenanza» —nombre de la milicia— desfiló orgullosa a pesar de sus defectos. El 8 de junio de 1508 se conquistó Pisa y Maquiavelo fue aclamado como «Magnífico Capitán General». A pesar del éxito de la milicia florentina, sus amigos le advirtieron que fuera prudente pues sus ideas gustaban únicamente a los sabios —y eran pocos— en un ambiente lleno de detractores de Il Machia, envidiosos e ingratos¹³. A partir de este momento, y como Maurizio Viroli apunta en *La sonrisa de Maquiavelo*, «...la rueda de Maquiavelo ya había alcanzado el punto más alto (...), pues los honores y el éxito corresponden a quien sabe adular, lisonjear y servir a los poderosos...».

¹³ Incluso un anónimo embozado se presentó ante los magistrados denunciando a Maquiavelo: «...porque habiendo vos nacido de padre, no podíais de manera alguna ejercer el oficio que estáis ocupando...» y también por prácticas sodomitas con cierta cortesana llamada *La Riccia*; demostración de que se le atacaba por su origen social y por escándalos sexuales de los que nadie en Florencia hacía el menor caso.

A pesar de que en la práctica la Ordenanza no destacara, el proyecto no debe ser considerado un fracaso; el florentino supo desde el inicio que no podía organizarse un ejército estatal sin que la lealtad de sus integrantes fuera única y exclusiva hacia el estado. Il Machia aprendió que sin ejército no había posibilidades de supervivencia para el estado y que tener diestros soldados, capaces mandos y buen armamento era importante, pero más convencer al ejército de sus funciones y sus límites.

Tras un viaje por el imperio, Maquiavelo redactó un informe titulado *Ritratto delle cose della Magna* en el que ofrece su visión de los dominios de Maximiliano I; de esta experiencia obtuvo datos para mejorar la milicia, además de percatarse de otras realidades sociales y de cómo afectaban a un estado en una guerra. Si bien consideró que los alemanes vivían pobremente —de manera paradójica— en comunidades ricas, también observó que sabían vivir con estrictamente lo necesario y tenían abundantes reservas de víveres y munición para resistir largo tiempo en caso de asedio. A pesar de que este modo de vida no era atractivo para un florentino, admiraba la libertad y, sobre todo, la organización militar; allí vio formaciones, cómo soldados eran adiestrados y armados continuamente y también la buena logística alrededor del ejército¹⁴.

A su regreso de tierras alemanas, Maquiavelo asiste a la muerte de la república y a su destitución de los cargos. Los Médici volvían a ser los amos de Florencia y personajes afines a ideales republicanos como Il Machia no eran precisamente algo que creyeran oportuno conservar. Expulsado del Palazzo Vecchio, confinado por un año en Florencia e incluso torturado por una acusación de malversación de fondos —que nunca se pudo demostrar—, Maquiavelo enmascaró tristeza, sufrimiento, rencor y miedo tras su incierta sonrisa, demostrando que el nuevo orden gubernamental y las amenazas no cambiarían a Il Machia; su sonrisa ocultaba el llanto, como él mismo afirmó citando unos versos de Petrarca a quien tanto admiraba:

*«Por eso, si alguna vez yo río o canto,
lo hago porque no tengo sino ese único
camino para desahogar mi amargo llanto».*

Pero como Maquiavelo mismo confesó a su amigo Francesco Vettori, le quedaba un consuelo *«...porque la Fortuna ha querido que yo, no sabiendo razonar del arte de la seda y el arte de la lana, ni de las ganancias y las*

¹⁴ Sobre esto último debió pensar mucho Maquiavelo, sobre todo cuando tuvo que ir desesperado por los dominios de Florencia buscando pólvora para las tropas que participaban en el sitio de Pisa.

*pérdidas, pues me convenga razonar sobre el estado, y me hace falta hacer voto de silencio o razonar sobre ello...». Apartado forzosamente de la vida política, su pasión, Maquiavelo ocupó su tiempo cogiendo su pluma y cavilando sobre acciones de príncipes, emperadores, reyes, papas y estados, rememorando la historia y dando lecciones sobre política, guerra y estado, de entre ellas, la más destacable que en política sólo ve «...ceremonias, embustes y fábulas...». De ahí surgió *El Príncipe*, obra por la que se consideró a Maquiavelo un maestro del mal al escapar a los lectores la verdadera intención: mostrar no cómo un príncipe debe gobernar, sino cómo el pueblo es gobernado por el estado; quienes lo entendieron no tardaron en eliminar de la circulación la obra, e incluso la Iglesia lo introdujo en su *Índice de Libros Prohibidos*. Maquiavelo había concebido *El Príncipe* como una obra que le podía abrir de nuevo las puertas de la política y, por el contrario, se las cerró más aún¹⁵.*

En agosto de 1521, Maquiavelo vio aparecer impresa su obra titulada *El arte de la guerra*, escrita durante su tiempo de inactividad. En ella puso las ideas que intentó llevar a la práctica cuando se encargó de constituir la Ordenanza. Añadió ideas que no pudo realizar entonces: la instrucción adecuada de tropas, que el arte de la guerra es complementario a la vida de los ciudadanos y la necesidad de buenos oficiales; en definitiva se defendió de quienes consideraron la milicia florentina como un error por su derrota contra las tropas hispánicas en 1512. La obra contaba también con otras enseñanzas: no permitir que soldados ciudadanos se convirtieran en soldados profesionales —pues el ejército para Il Machia no tenía como fin la guerra, sino la defensa—, y que quien gobernara debía «...amar la paz y saber hacer la guerra...»; de ahí que elogiase las virtudes militares —coraje, fuerza y disciplina— pero que nunca ensalzara la guerra como afirmación de potencia o como suceso grandioso y terrible, pues, tal y como describe Viroli, «...bien sabe, por haberlo visto, que la guerra es una inmensa e inmundada crueldad que se desata sobre todo contra los no combatientes y contra los inermes; sabe que la peor de las guerras es la de las bandas mercenarias que viven de la guerra sin leyes, sin disciplina y sin honor; y, sobre todo, sabe que las guerras no se detienen con plegarias, súplicas o dinero, sino solamente con milicias bien organizadas...». Por encima de todo aspi-

¹⁵ Al menos le cerró las puertas de la política en su amada Florencia, pues Pier Sorderini —su antiguo mentor político— le propuso convertirse en consejero de Próspero Colonna, cargo que Maquiavelo rechazó al no querer nunca ser consejero de *príncipe* alguno. Recordemos que amaba los ideales republicanos de Florencia: «...yo creo que el mayor honor que los hombres puedan tener es el que voluntariamente les otorga su patria...».

raba a «...honrar y premiar las virtudes, no despreciar la pobreza, estimar los modos y órdenes de la disciplina militar, obligar a los ciudadanos a amarse unos a otros, a vivir sin sectarismos, a estimar menos lo privado que lo público, y otras cosas similares que fácilmente podrían darse en estos tiempos...». Así pues, Maquiavelo, además de defender la patria, pretendía también reformar al estado y la sociedad para recuperar la grandeza de Roma.

El arte de la guerra tuvo una gran acogida en Italia; prueba de ello es la carta del cardenal Giovanni Salviati en la que se deshacía en halagos hacia Maquiavelo. Le había gustado mucho la obra por «...añadir al perfectísimo modo antiguo de guerrear todo lo bueno que hay en el guerrear moderno, y ha hecho una composición de ejército invencible...», concluyendo el entusiasmado cardenal su júbilo por «...demostrar que alguien en Italia conocía la verdadera manera de militar...»¹⁶. Cabe añadir, como crítica, que Maquiavelo no se percató del gran cambio que suponía la introducción de la artillería, aunque apenas se empezaba a vislumbrar el alcance que cobraría más adelante; de hecho no despreció las armas de fuego, sino que insistió en que «...el nervio de la guerra lo representan las infanterías...». La fortuna, tal y como él admitió, se divertía jugando con los hombres. *El arte de la guerra* se reimprimió siete veces a lo largo del siglo XVI y en distintas lenguas, reputándole fama como tratadista militar, muchísimo más experto en política que no en temas militares; pero es que Il Machia se ocupó más de los aspectos políticos de la guerra, y con más profundidad, que de los aspectos técnicos y tácticos.

Los últimos días de su vida Maquiavelo los destinó por entero a la política y la guerra, intentando convencer a distintos príncipes que salvaran a Italia de su destrucción; para esto pasa revista a tropas, inspecciona fortificaciones e instruye a soldados esperando la llegada de un capitán que las mande contra los bárbaros.

Cansado, agotado tras una vida con más desgracias que placeres, asiste a la agonía de los estados italianos que van cayendo bajo la órbita del rey francés o hispánico¹⁷: «...No hay más remedio...» es su última lección tras haber hecho cuanto pudo para que los italianos —en especial los florentinos— adquirieran «...grandeza para sí y para su patria...».

¹⁶ Secundando así a Maquiavelo en su desconfianza hacia mercenarios: «...que de esta forma han reducido a Italia con todo ello a la esclavitud y al escarnio...».

¹⁷ En 1526, tras la Batalla de Pavía, Maquiavelo advirtió que los posteriores tratados no servirían para nada: «...Yo creo que, como quiera que se desarrollen las cosas, habrá guerra en Italia y pronto...».

Por una vez, Maquiavelo no fue el único que se percató del peligro. Junto a Pietro Navarra, fue nombrado encargado y canciller de los «Procuradores de Murallas», encargados de supervisar las mejoras de fortificación de Florencia, e intentó reordenar milicias mercenarias pero abandonó al percatarse de la corrupción sobre ellas.

En junio de 1527 Nicolás Maquiavelo murió en Florencia, envuelto en la sonrisa con la que se escondió de la amargura —poco antes los ejércitos italianos habían sido destrozados y el ejército hispánico había saqueado Roma—. Como último gesto burlón dijo a sus amigos que prefería pasar la eternidad en el infierno, para así conversar sobre el estado con grandes hombres de la antigüedad, antes que aburrirse en el paraíso con santos y beatos¹⁸.

El ejército moderno y su puesta en escena: los Reyes Católicos

«...A éstos se lo debemos todo...» exclamó Felipe II en cierta ocasión al ver sus retratos, y el conde-duque de Olivares les tildaba de «...espejo de príncipes...» en una muestra de admiración hacia los Reyes Católicos, pues todas estas teorías sobre guerra, ejército y consecuencias se aplicaron por su mano, aprovechando coyunturas de su reinado, maniobrando con la voluntad de reunir los resortes del poder bajo el yugo y las flechas: su matrimonio, la unión dinástica, la guerra civil, la guerra de Granada y las guerras de Italia fueron ocasiones propicias para que los monarcas obtuvieran el poder, estableciendo las pautas para crear un nuevo estado.

La muerte en 1474 de Enrique IV de Castilla sin clara heredera desembocó en una guerra civil que dividió reino, sociedad, nobleza, burguesía y ciudades libres. Esta guerra no era una contienda exclusivamente civil, sino también inmiscuía factores políticos externos. Juana contaba con el apoyo de Alfonso V de Portugal —deseoso de anexionarse Castilla— y Francia —recelosa del potencial peligro de una corona de Aragón unida dinásticamente con Castilla, una poderosa entidad política—. A favor de los Reyes Católicos se alineaban el cardenal Mendoza, el condestable y el almirante de Castilla, el conde de Benavente y el duque de Alburquerque, así como la poca ayuda de una desbaratada corona de Aragón; sin embargo ésta cubrió un frente de oro al aportar un factor moderno: la experiencia de una diplomacia manejada por Fernando —y heredada de su padre Juan II—.

¹⁸ Maquiavelo aprovechó incluso su lecho de muerte para versionar —irónicamente y muy a su manera— el *Sueño de Escipión*, cambiando la moraleja y asegurando —contrariamente al original— que los grandes hombres de estado no estarían en la beatitud de la *Vía Láctea*.

A sabiendas de la inferioridad de sus fuerzas, los monarcas optaron por pequeñas batallas locales que proporcionarían el dominio de ciertas zonas antes que grandes batallas, ganando pequeñas ciudades —liberarlas de la traición— que destruir a sus nobles y fuerzas. La diplomacia de Fernando y las concesiones de Isabel hicieron que muchos partidarios de Juana reconsideraran su lealtad y se unieran a los Reyes Católicos¹⁹. Para mermar la influencia de la nobleza, los monarcas concedieron títulos nobiliarios a burgueses y plebeyos leales. Así, entre 1474 y 1480 se aumentó el número de concesiones nobiliarias, además se otorgaron iguales privilegios a nobles aliados, a comprados, como a los recientemente encumbrados²⁰.

En 1476, apoyándose en las cortes de Madrigal y no en la nobleza, los monarcas dieron el primer paso hacia un ejército bajo su autoridad al conseguir relacionarse jurídicamente con municipios y órdenes religiosas; respecto a los primeros se procuró crear una clase dirigente que debiera su posición a los monarcas, usando como moneda de cambio los privilegios; la orden militar de Santiago quedó bajo órbita de la corona tras la muerte del maestre Rodrigo de Manrique y rápidamente los monarcas llenaron la orden de personajes leales a ellos —y no todos nobles— que se afanaron en hacer méritos al servicio militar de los monarcas para escalar prestigio en esta fuerza armada. A ésta le siguió la Santa Hermandad, al colocar en la Junta de Hermandad —el círculo dirigente— personajes en que podían confiar por sus convicciones —religiosas sobre todo—, haciendo que desde entonces los integrantes de la Hermandad fueran propuestos por la corona. Así se puede decir que la primera fuerza armada que poseyeron los Reyes Católicos al margen de nobleza fueron órdenes militares, pues rápidamente aprovecharon las oportunidades para hacerse con su mando. Con la batalla de Toro se liquidó prácticamente la guerra; aunque no fuera decisiva, lo resultó por la pericia de Fernando al proclamar por todos los territorios lo contrario. Así se logró que nobles de la mayor parte de Andalucía se pasaran al bando vencedor, que la mayoría de los juanistas se sometieran, que Francia y Portugal se retiraran y que leales a Juana se rindieran a los monarcas. Las últimas actuaciones de la guerra fueron la ejecución de la nobleza fiel al bando derrotado —advirtiendo a los nobles cómo estos monarcas se las gastaban— y otorgar el perdón a ciudades y súbditos rebeldes en una clara demostración empírica de clemencia y crueldad que enunciaría —o denunciaría— Maquiavelo.

¹⁹ Como el caso de las casas de Arévalo y Ureña que «...rindieron sus ciudades y castillos muy honrosamente...», lo que en el fondo significaba una traición por un soborno ejercido.

²⁰ Demostrando, sutilmente, que ninguno de ellos era tan necesario como se podía creer o que todos eran igual de importantes, sin importar la *cuna*.

Debido a los conflictos del siglo XV la Reconquista se había paralizado, quedando un territorio musulmán, el reino de Granada, al que un viajero encontró «...una de las más grandes y hermosas ciudades de occidente...». Ojos más observadores vieron tras palacios y jardines amenazas: «...¿No se halla Granada cercada por un mar violento y un enemigo terrible en armas, cosas las dos, que pesan día y noche sobre su gente...?». Y es que Ibn Huday percibió «...el gran mal que pesa sobre Granada: que la lealtad de los hombres por su clan es mayor que la que pueden sentir por su emir...» en el contexto de guerra civil casi continua y no declarada. La caída de Constantinopla provocó la alarma del peligro musulmán, condicionando un ambiente de cruzada contra el infiel, favorecido por el belicismo de «...una sociedad organizada para la guerra...», según Elena Lourie. Los Reyes Católicos tomaron nota para transformar esta sociedad en base de un ejército estatal, aprovechando factores populares, religiosos y emocionales para crear una base de voluntarios en la lucha contra el infiel.

La escaramuza en 1481 de Abu-I-Hasan —la toma de Zahara— sirvió como detonante de la guerra de Granada; mientras los musulmanes lo justificaron como represalia por incursiones cristianas y éstos últimos como provocación a su poder en la zona de Andalucía, los monarcas sentenciaban sutilmente: «...Hemos de arrancar, uno a uno, los granos de esa granada...». De ahí que se encendiera la belicosidad en la nobleza de la zona y que respondieran con la toma de Alhama, en febrero de 1482, iniciando la contienda²¹. Lejos de entrar en lo acontecido en la guerra y en sus consecuencias, interesa contemplar el aspecto militar. Los monarcas erraron al ver una guerra rápida, pues sus cálculos se basaban en un reino casi en guerra civil y del que no cabía esperar resistencia; no podían saber que la guerra duraría hasta enero de 1492. Aunque la guerra de Granada fuera medieval, se vio «...la última hueste medieval de Castilla...», según Ladero Quesada. A sumar a los ejércitos nobiliarios los Reyes Católicos reclutaron tropas —sesenta mil hombres— y aportaron la artillería de sitio.

Así se logró, en 1485, crear un ejército a su servicio. Además el rey prohibió los desafíos, fijó su corte en Córdoba y montó un campamento en Santa Fe para vigilar la evolución del conflicto, demostrando que la guerra era una empresa sistemática, colectiva y bajo observancia real. La diplomacia tuvo su efecto al lograr que el Papa considerara la guerra como cruzada, por lo que se unieron a las fuerzas castellanas nobles europeos dispuestos al combate sin ninguna paga más que la gracia divina. Fue Fernando

²¹ De cuya conquista definitiva dependía, como hecho singular, que Isabel se cambiara la camisa, por su promesa de no hacerlo hasta que el Islam fuera erradicado de sus dominios peninsulares.

quien envió embajadores a los reinos musulmanes del norte africano para convencerles de no intervenir en el conflicto, argumentando que luchaba contra la injusticia de los tiranos asentados en el trono nazarí contra sus propios súbditos y no contra el Islam²².

El reino de Nápoles era patrimonio de la casa de Aragón e interés de Fernando una vez concluidas la guerra civil y la de Granada. La historiografía afirma que la única tensión entre los príncipes residió en los objetivos tras 1492, pues tenían planes distintos internacionales: Isabel quería seguir la Reconquista por el norte de África, y Fernando era partidario de asentar plazas fuertes —Bujía, Orán, Argel y Melilla entre otras— para controlar el Mediterráneo occidental ante el imperio otomano, centrando su atención en Italia, sobre la que tenía pretensiones y que era codiciada por Francia. Los estados italianos eran conscientes del peligro de un poder hispánico que había demostrado su fortaleza, y Francia veía con malos ojos su extensión, hecho que la cercaría de enemigos²³, a sumar que Lorenzo El Magnífico y el Papa Inocencio VIII, importantes representantes de la política italiana, fallecieron en 1492 dejando tras de sí un gran cambio en el panorama político internacional: cuando Ludovico Sforza —acérrimo enemigo de la casa de Aragón— apeló a Carlos VIII por la protección de Milán, poco tiempo le bastó al rey para penetrar en Italia con un gran ejército, rompiendo el equilibrio de Lodi y pretendiendo un dominio total sobre los estados italianos, aliados o enemigos, para evitar el dominio hispánico²⁴.

Más allá de la astucia —o moralidad— del Católico, las guerras de Italia fueron testigo de la aparición de un nuevo ejército que mantendría la hegemonía de la monarquía hispánica durante siglo y medio. Los monarcas y humanistas —como Alonso de Quintanilla— adecuaron el ejército de conquista a un ejército con un nuevo modo de lucha, con distintas estrategias, armas y tácticas que las de boga en la cristiandad. Se creó una nueva estructura militar, el tercio, basado en cambios organizativos y destacando la infantería que adoptó «...*el sistema de combate y de armamento —picas— a la manera suiza (...)*...». A la altura de 1503 el ejército real diferenciará claramente entre armas de impacto (lanceros, piqueros), de tiro (ballesteros) y de fuego (espingarderos). Era el paso previo a los tercios, en los que espingarderos y ballesteros serán sustituidos por una nueva arma, el

²² Luego no es extraño que Fernando fuera el *Príncipe* que Maquiavelo tomó como ejemplo.

²³ Fernando desarrolló gran actividad diplomática con Inglaterra, Borgoña y el Imperio.

²⁴ *Salir del fuego para caer en las brasas*. Buena muestra de la perspectiva que sobre este hecho tuvieron los italianos se encuentra en el testimonio de Maquiavelo, quien contempló con vergüenza y dudas si la política italiana funcionaba acertadamente o era un simple espejismo.

arcabuz; en combate se formaban cuadros de piqueros que frenaban la caballería, mientras que las armas de tiro —de fuego posteriormente— iban aniquilando las filas del rival. Así los distintos cuerpos del ejército se protegían entre sí a la vez que contribuían a la ofensiva.

Se hizo recaer el mando de las capitanías en manos no de un noble, sino de quien tuviera la confianza del rey y que recibía, como soldado, un salario por servicios prestados. Apareció la figura de la «coronelía», cargo intermedio entre los capitanes de los tercios y el mando del ejército y que se definió como una estructura que englobó a un número indeterminado de capitanes —entre diez y doce, según Andújar—. El tercio estaba constituido por diez capitanías, unos dos mil hombres. Junto a estas tropas de infantería combatían también artillería y caballería, pesada y ligera, aunque con el tiempo ésta última fue adquiriendo mayor peso. La nueva organización militar y armamentística comportó una gran ventaja de los tercios frente a los ejércitos medievales europeos. Contar con gran número de veteranos —soldados curtidos tras la guerra civil y la guerra de Granada— permitía disponer de una fuerza permanente de infantería muy combativa, factor importante que se hizo patente en la batalla.

El Gran Capitán, don Gonzalo Fernández de Córdoba, fue el artífice de los cambios tácticos al participar en las campañas de Italia y comprobar sobre el terreno las mejoras: en las batallas de Ceriñola (1503) y Garellano (1503) el Gran Capitán derrotó de manera sorprendente —también según su propia opinión— a los ejércitos franceses mandados por el duque de Nemours. Teniendo en cuenta que el hispano mandaba a seis mil hombres —de los que perdió una mínima cantidad— y que Nemours perdió toda su artillería —así como a tres mil de los ocho mil soldados que mandaba— se extrae la efectividad del nuevo ejército desarrollado por y para la monarquía hispánica²⁵.

Si Maquiavelo quiso algo más que soldados armados en formación en la Ordenanza, los Reyes Católicos tampoco buscaron organizar un ejército, sino crear un cuerpo bélico vinculado a ellos y leal; se percataron de que más importante que pólvora y tácticas, lo era la mentalidad que debía inculcarse en este ejército. El primer paso era reclutar a los hombres dispuestos a ello y se instauró un sistema por el que el rey escogía capitanes que tendrían la misión de constituir compañías; éstos eran capitanes de nueva generación que obtuvieron sus cargos tras la guerra civil y la de Granada; de ahí

²⁵ La fácil capacidad de imposición de los *Tercios* sobre los ejércitos franceses ha llegado incluso a trascender al lenguaje popular: la victoria en la batalla de *La Bicocca* ha supuesto que una *bicocca* sea algo fácil de conseguir, una *ganga*.

se extrae que los Reyes Católicos usaron oficiales en que podían confiar. Más aún, los monarcas tuvieron en cuenta el origen social del capitán, alejando oficiales cuya profesión les venía dada por sangre; el sistema se regía por la valía y por la confianza que en él depositaba el monarca²⁶. Los capitanes, para las reclutas, necesitaban de una «conducta», acreditación real que otorgaba este derecho y que se entregaba personalmente —en ocasiones de manera secreta—. En esta conducta se especificaban las cualidades de los reclutas, manifestando una preferencia por los individuos ya armados y excluyendo a los ancianos, los mutilados, los menores de veinte años y los padres o maridos.

Una vez que el capitán conseguía reunir una compañía, pasaban revista a ésta unos «veedores» de la Infantería, funcionarios —un pagador, un agente de justicia y un escribano— que elaboraban el documento de conformidad para el rey una vez comprobada la calidad de los reclutas y que las cuentas cuadrasen; la movilización quedaba a voluntad del monarca, quien generalmente enviaba a estas compañías fuera de su territorio de origen para emprender su enseñanza. Llegado este punto, Quatrefages señala que «...*el sistema feudal está bien muerto, nadie puede regularizar una tropa armada sin la autorización del rey...*», lo que, en palabras de Andújar, significa que «...*en los albores del siglo XVI, la monarquía hispánica contaba ya con un sistema militar plural; tropas dependientes todas ellas en última instancia del estado...*».

A pesar de no haber centros de instrucción, el soldado —o bisoño— perfeccionaba el manejo de las armas por vía de los veteranos; se hace cierto el dicho de «...*la mejor escuela es la guerra...*». En manos del capitán y sargento quedaba instruirles en maniobras tácticas: formaciones de combate, escaramuzas y, en definitiva, mecanismos de las batallas; pero el factor más relevante de la instrucción era que el soldado tomara conciencia de su papel, su lealtad, sus valores y su moralidad. Para Marcos de Isaba, «...*la primera cosa que el capitán ha de hazer en juntando la compañía para caminar, es una oración breve, significándoles el honroso y valeroso officio que han professado...*». Para que esta idea quedara bien patente en el bisoño se articularon unos preceptos sobre la milicia —desarrollados por Isaba— consistentes en cinco puntos básicos:

²⁶ Muestra de esto queda patente en las *Cuentas del Gran Capitán* cuándo —fruto de intrigas palaciegas— Fernando el Católico exigió al militar las susodichas cuentas y en las que Gonzalo de Córdoba, como nota final, añadía: «...*y cien millones por mi paciencia en escuchar ayer que el Rey pedía cuentas al que le ha regalado un Reino...*», y esto sólo podía decirlo tan explícitamente alguien que sabía de su propia valía y que sabía también que era reconocida por el rey.

«I: Entenderán los soldados del capitán que el más alto precepto de la milicia es la obediencia.

II: Entenderán los soldados del capitán el honroso oficio que entre manos traen y han profesado.

III: Entenderán los soldados del capitán que guarden y conserven la cristiandad que en España han heredado, sin querer entender opiniones de gentes por acá perdidos.

IV: Entenderán los soldados del capitán que vienen a ser defensores, y aumentadores de la santa fe catholica, y que guarden los preceptos della como tales.

V: Entenderán los soldados del capitán que vienen a guardar y conservar los reynos y provincias de su rey, y las que le fueren desobedientes y enemigas, castigarlas y conquistarlas por su valor y armas».

Así pues, el logro de los monarcas en el ejército —sin considerar la revolución militar, ni que la violencia quedase bajo su órbita directa de mando— consistió en proporcionar a los soldados respuestas a quiénes eran, qué tarea les correspondía y qué obtenían como recompensa²⁷.

Hacia unas conclusiones sobre la guerra y el estado modernos

La historiografía sostiene que las bases del estado moderno residen en tres pilares alejados de nobleza e Iglesia: una hacienda reformada que otorgara beneficios directamente a monarcas, una burocracia encargada de la administración, y un ejército cuya titularidad, lealtad y mando recayeran en el monarca; así el estado moderno se define como aquél en que el monarca, o élite gobernante, disponen de plenos poderes para desarrollar una política de corte absolutista o, al menos, autoritaria, puesto que tanto la nobleza y las cortes o parlamentos han sido apartados del poder efectivo²⁸.

A pesar de que Maquiavelo considerase al ejército como un defensor del estado, los Reyes Católicos —y demás monarcas— lo usaron para alcanzar

²⁷ Que el sistema de los *Tercios* entrara en crisis a finales del siglo XVI, a pesar de que su caída definitiva sería a mediados del siglo XVII, obedeció a las continuas crisis financieras de la monarquía, no porque el sistema se quedara obsoleto o demostrase su ineficacia.

²⁸ De ahí se desprende el hecho de que sea necesaria una reforma de la fiscalidad en cuanto a recaudación y gastos, pues todo ejército genera un gasto que debe ser soportado. Con esto se concluye que el ejército estatal no es tan decisivo en la adopción del *Absolutismo*, pues los Reyes Católicos no lograron ejercer como tales a pesar de contar con dicho órgano coercitivo a su favor; lo que sí lograron fue sentar las bases para que posteriormente sus herederos, la dinastía de los Habsburgo, desarrollaran una política cada vez más alejada de las cortes, consejos y demás instituciones. Es decir, establecieron más que un poder *Absolutista*, un poder *Autoritario*.

la hegemonía, hecho que requería un ejército a la altura de los proyectos. El significado de la guerra había cambiado y era necesaria una nueva concepción de la violencia y ejercicio, tarea que recayó en intelectuales, juristas y teólogos que legitimaron el uso de la violencia, en el fondo argumentos eruditos para dar rienda suelta a las ambiciones políticas; luego si Il Machia — padre de la política moderna— y Galileo —padre de la ciencia moderna— compartieron un interés común, no fue por casualidad, sino porque la guerra ponía en juego una forma de poder estatal y saber, y de ahí el aumento de eficacia de instrumentos y técnicas y que el estado potenciara ciertas actividades —astilleros, arsenales, academias—, algo que Campillo resume diciendo que «...*el orden matemático del ejército es a la vez un orden moral...*». Sin embargo, lo que realmente importaba no era quién encontraba argumentos favorables a su causa, sino quién tenía en su poder el ejército más poderoso. El estado creó un ejército que integró la sociedad —nobleza y tercer estado— y le sirvió para tejer la política nacional e internacional; además de las innovaciones técnicas y estratégicas, el éxito residió en centralizar el ejército, dependiendo del poder el reclutamiento, la financiación, el sustento de las tropas y, sobre todo, que sus integrantes se vieran como forjadores y partícipes de la proyección internacional del estado. La revolución militar, además de democratizar la muerte con sus innovaciones, hizo posible que el estado consolidara su poder y que los súbditos lucharan para su grandeza y mantenimiento.

Como advirtió Maquiavelo, este ejército podía ser usado como cuerpo coercitivo del estado, tanto para la nobleza —en la guerra civil de Castilla— como para el tercer estado —como el caso de la guerra de los Campesinos y los Anabaptistas en 1525-1534 en el imperio—. El florentino consideró imprescindible que el ejército tuviera lealtad hacia el estado y conciencia de pertenecer a un proyecto común. Los Reyes Católicos lograron forjar en su ejército un gran sentimiento de lealtad hacia el estado; prueba de esto son los motines en que los soldados especificaban su rebeldía contra los oficiales, jamás contra los monarcas. Tal lealtad al estado, acrecentada por la religiosidad y el incipiente sentimiento nacional, se traducía en disciplina —factor en el que Il Machia también insistió— en el combate, un hecho que los coetáneos reconocieron, como Georges Gascoigne: «...*los valones y alemanes eran tan indisciplinados cuanto admirables los españoles por su disciplina...*», y Blaise de Vigenère: «...*por lo que a los españoles se refiere, no se puede negar que son los mejores soldados del mundo...*». Para Maquiavelo, la disciplina era fundamental en la guerra moderna, «...*mas lo que más importa es a dónde es necesario que una batalla se aya de volver toda junta como si fuese un cuerpo sólido, que aquí conviene tener prácti-*

ca y tiento...», opinión que secunda Campillo: «...la batalla medieval es una suma de combates individuales y la batalla renacentista es un único combate entre dos grandes y disciplinadas masas humanas...», y que en el fondo significa supeditar al individuo —el soldado— al todo —el ejército del estado—.

El ejército moderno debía ser coherente al involucrar a la sociedad, y de ahí que Maquiavelo —en la teoría— y los Reyes Católicos —en la práctica— abogaran por la profesionalización del soldado y por la meritocracia. Conveniente era también que en la milicia hubiera un sentimiento de hermandad entre los soldados, derivado de hacer de la guerra un oficio; así no es de extrañar que un capitán como don Juan de Austria se dirigiera a sus tropas exclamando «...yo, que os amo como hermanos...».

El gran éxito de los Reyes Católicos en su ejército —y que Maquiavelo no pudo aplicar en la Ordenanza— residió en que los soldados obedecieran a tres elementos cruciales: Dios y la Iglesia Romana, el rey y la nación y, por último, la espada y el honor²⁹; en definitiva, «...la conciencia de que lleva el atributo de la grandeza española...», según Quatrefages.

Todo esto se debía a objetivos políticos —de los monarcas hispánicos en este caso—; luego la política del estado dictó la mentalidad y el papel del soldado. Y este aspecto es el más importante respecto al ejército en la edad moderna, más que la pólvora, las picas y el miedo de la nobleza a las balas que derruían sus ideales. Sin esto es difícil explicar, a modo de ejemplo, cómo los soldados al servicio de los monarcas hispánicos dominaron con las armas a Europa durante casi siglo y medio si, en teoría, luchaban por dinero y éste era difícil de cobrar.

Si bien los Reyes Católicos no acabaron por controlar ni la burocracia, ni tampoco la hacienda, triunfaron totalmente ante el ejército, pues no sólo retuvieron en su poder las armas, sino también la mentalidad de los soldados; sin duda, algo que envidió Maquiavelo y que contribuyó a que sonriera más; no en vano el florentino contemplaba al ejército hispánico y lo comparaba con las legiones de Roma, a la vez que sentenciaba que ni Italia ni Francia tenían un ejército adecuado a los nuevos tiempos.

De todo esto se extrae que el precio de la política y la guerra en el estado moderno —y no tan moderno— se traduce en el coste humano que supone y que no se debe sólo a los muertos de facto, sino también a los muertos

²⁹ Se entiende Dios y la Iglesia Romana como la defensa de la cristiandad frente a *infielos* y *herejes*; al rey y la nación como el servicio al estado y, de la espada y el honor se desprende una doble referencia: al arma del soldado en sí, donde residía su fuerza, seguridad y honor y la espada como representación de la fuerza del rey, de la nación y de Dios.

en potencia, las generaciones perdidas; esto recuerda que a pesar de cuadros —como *La rendición de Breda*— en los que la guerra parece gloria y honor, hay anónimas fosas comunes en lo que antes fueron campos de batalla. Así pues, grandezas y glorias de estados se fraguaron no en base a la política, sino con sangre anónima, soldados a quienes se había presentado la idea de un proyecto común; lejos quedaban las enseñanzas del gran maestro de la guerra, Sun Tzu, quien concibió en *El arte de la guerra* que el máximo conocimiento y la mejor estrategia es hacer que el conflicto sea innecesario: «...*La mejor técnica militar es la que frustra los complots de los enemigos; a continuación, lo mejor es deshacer sus alianzas; después, lo peor es atacar sus fuerzas armadas y sitiar sus ciudades...*», procurando conseguir los máximos propósitos del estado haciendo lo mínimo —eso es ganar sin luchar—, teniendo siempre en cuenta el riesgo: «...*La acción militar es de importancia vital para un estado; constituye la base de la vida y de la muerte, el camino de la supervivencia y de la aniquilación; por ello, es absolutamente indispensable examinarla...*».

Al margen de la retórica y práctica de la guerra, lejos de intelectuales al servicio del estado, encontramos testimonios que muestran una perspectiva distinta de la violencia, al alejarse de proyectos y acercarse a los campos de batalla. Garcilaso de la Vega —noble cortesano, poeta y militar de la corte de Carlos I— se cuestionó respecto a la guerra: «...*¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria? ¿Algunos premios, o aborrecimiento? Sabrálo quien leyere nuestra historia...*».

Por su parte, Tim O'Brien, en *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*, especifica que «...*Una auténtica historia de guerra nunca es moral. No instruye, ni alienta la virtud, ni sugiere modelos de comportamiento, ni impide que los hombres hagan las cosas que siempre hicieron. Si una historia de guerra parece moral, no la creáis...*»; y, volviendo a Il Machia, el ingenioso florentino —conociendo como conoció la condición humana y la esencia del estado— nos descubre su más recóndito pensamiento y tristeza enmascarados tras su incierta sonrisa de Gioconda:

*«...Yo espero, y esperar acrecienta el tormento;
lloro, y llorar nutre el desdichado corazón;
río, y mi reír no pasa adentro;
ardo, y el ardor no se ve afuera;
yo temo lo que veo y lo que siento:
toda cosa me da nuevo dolor;
así esperando, lloro, río y ardo,
y de lo que oigo y contemplo tengo miedo...».*

BIBLIOGRAFÍA

- ALMIRANTE, J.: *Diccionario militar*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1989.
- ANDÚJAR, F.: *Ejércitos y militares en la Europa moderna*. Síntesis, Madrid, 1999.
- BELENGUER, E.: *El Imperio Hispánico, 1479-1665*. Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1995.
- BENASSAR, B., JACQUART, J., LEBRUN, F., DENIS, M. y YAU, M.: *Historia moderna*. Akal, Madrid, 1998.
- BLACK, J.: *The origins of War in Early Modern Europe*. John Donald Publishers, Edimburgo, 1987.
- IBÍDEM: *A military revolution? Military change and european society, 1550-1800*. MacMillan, Londres, 1991.
- BOIS, J. P.: *Les guerres en Europe, 1494-1792*. Belin Sup Histoire, Paris, 1993.
- CAMPILLO, A.: *La fuerza de la razón. Guerra, estado y ciencia en los tratados militares del Renacimiento, de Maquiavelo a Galileo*. Universidad de Murcia, Murcia, 1986.
- CORVISIER, A.: *La Guerre*. Essais historiques. Presses Universitaires de France, París, 1995.
- DELBRÜCK, H.: *The dawn of Modern Warfare*. University of Nebraska Press, EE.UU., 1990.
- DUFFY, M.: *The Military Revolution and the State, 1500-1800*. University of Exeter, 1986.
- ELLIOTT, J. H.: *La España imperial, 1469-1716*. Vicens Vives, Barcelona, 1998.
- ESPINO, A.: «Las estructuras militares de los reinos hispánicos (siglos XIV-XVII): un estudio comparativo», en *Revista de Historia Militar*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2000.
- GARCÍA, D.: «La función militar de la nobleza castellana en los orígenes de la España moderna», en *Gladius: Estudios sobre armas antiguas, armamento, arte militar y vida cultural en Oriente y Occidente*, tomo XX, CSIC, Madrid, 2000.
- GARIN, E. (Cor.): *El hombre del Renacimiento*. Alianza, Madrid, 1999.
- HALE, J. R.: *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento, 1450-1620*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1990.
- IBÍDEM: *La Europa del Renacimiento, 1480-1520*. Siglo Veintiuno Editores, Madrid, 1993.
- HILLGARTH, J. N.: *Los Reyes Católicos, 1474-1516*. Grijalbo, Barcelona, 1984.

- LADERO-QUESADA, M. A.: *La España de los Reyes Católicos*. Alianza Editorial, Madrid, 1999.
- MAQUIAVELO, N.: *Del arte de la guerra*. Tecnos, Madrid, 1988.
- IBÍDEM: *El Príncipe*. Tecnos, Madrid, 1993.
- MARAVALL, J. A.: *Antiguos y modernos*. Alianza Editorial, Madrid, 1998.
- MARTÍNEZ, A.: *Enciclopedia del arte de la guerra*. Planeta, Barcelona, 2001.
- MARTINEZ DE CAMPOS, C.: *La España bélica. Siglo XVI: Apogeo y primeras grietas*. Aguilar, Madrid, 1965.
- MAS, A.: «El papel militar a lo largo de la Historia: peso del ejército en el reinado de los Reyes Católicos», en *Humanismo y Milicia*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1992.
- MAZZARINO, G.: *Breviari dels polítics*. Mala Ment, Barcelona, 1989.
- PARKER, G.: *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*. Crítica, Barcelona, 1990.
- PÉREZ, J.: *Historia de España*. Crítica, Barcelona, 2000.
- QUATREFAGES, R.: *Los Tercios españoles*. Fundación Universitaria Española, Madrid, 1979.
- RICO, M.: «Granada: último reducto musulmán de la Península», en *Historia y Vida*, 400, Barcelona, 2001.
- RIVERO, M.: *Diplomacia y relaciones exteriores en la edad moderna: de la Cristiandad al sistema europeo, 1493-1794*. Alianza, Madrid, 2000.
- ROMANO, R. y TENENTI, A.: *Los fundamentos del mundo moderno: Edad Media Tardía, Reforma, Renacimiento*. Siglo Veintiuno Editores, Madrid, 1989.
- SUN TZU: *El arte de la guerra*. Edaf, Madrid, 1993.
- TALLET, F.: *War and society in Early-Modern Europe: 1495-1715*. Routledge, Londres, 1992.
- VERRIER, F.: *Les Armes de Minerve: l'Humanisme militaire dans l'Italie au XVI Siècle*. Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, Paris, 1997.
- VIROLI, M.: *La sonrisa de Maquiavelo*. Tusquets Editores, Barcelona, 2000.
- Bibliografía específica temática militar.
- VV. AA.: *Autobiografías de soldados, siglos XV-XVII*. Atlas, Madrid, 1956.
- VV. AA.: *La España moderna*. Istmo, Madrid, 1992.
- VV. AA.: *La Guerra en la Historia*. Universidad de Salamanca, 1999.